

LAS BOLAS ARROJADIZAS... Y LA TERRIBLE BOLA PERDIDA

ANDRÉS BOLTOVSKOY (*)

El lugar escogido por los españoles, que se supone que sea la punta de la barranca más inmediata a la Boca del Riachuelo era habitada por los indios Querandíes, gente valerosa, cuyas armas consistían en dardos de madera, bolas arrojadizas, y la terrible bola perdida, que manejaban con admirable destreza.

Benigno T. Martínez, 1893

Cartografía Histórica de la República Argentina

Dice la carta de un soldado de la expedición de Gaboto al Río de la Plata, escrita en 1528: *Estos Querandís son tan ligeros, que alcanzan un venado por pies, pelean con arcos y flechas, y con unas pelotas de piedra, redondas (...) y grandes como el puño, con una cuerda atada que las guía, las cuales tiran tan certero, que no hierran a cosa que tiran.* Los indios y los gauchos utilizaban diversas armas de caza y de guerra, pero ninguna, más peculiar y distintiva de los pueblos que vivían en nuestras tierras, como las boleadoras.

Las boleadoras: materiales y métodos

Básicamente las boleadoras consisten en dos o tres pesas (bolas) unidas por un cordón, o guasca, a las que se hace girar y al darles impulso se las lanza para enredar a la presa. Se utilizaban como arma de caza, en la batalla, y también para atrapar ganado, es decir, como herramienta de trabajo.

En las boleadoras de tres bolas, la bola manijera, o sea la que se empuña, es ovoide y algo más pequeña que las voladoras, que son de igual peso. Aunque las bolas variaban de tamaño, según la fuerza del que las iba a



Querandíes boleando conquistadores, según imaginó Oski.

manejar, en general su peso oscilaba entre los 75 y 100 gramos. Pero las *bolas de potro*, usadas para bolear yeguarizos, pesaban más del doble. Las bolas en sí eran habitualmente de piedra, pero también se utilizaban otros materiales, por ejemplo, el plomo, el que se fundía y se vaciaba en una cáscara del huevo de tero utilizada como molde. Sin embargo, para obtener presas de menor porte sin dañarlas, se fabricaban boleadoras de madera, para lo que en algunas regiones se aprove-

chaban los nudos que los hongos del género *Cyttaria* producen en las ramas de los *Nothofagus*.

Los indios practicaban surcos ecuatoriales sobre las bolas donde iban ajustadas unas tiras de cuero a las que se unía la guasca. Más modernamente se usaron bolas lisas (sin el surco), retobadas, o sea revestidas de cuero fino. Se utilizaba el cuero de potro, a veces en dos capas (el casco y el

retobo), que por un lado evitaba que las piedras se quebrasen al golpear alguna superficie dura, y al mismo tiempo amortiguaba el golpe, evitando lastimar al animal que se quería atrapar. No hay que olvidar que las boleadoras se empleaban habitualmente para inmovilizar, más que para golpear. Las guascas se elaboraban con tendones de las patas del ñandú, tiras de cogote de guanaco o tientos de cuero de potro, retorcidos y trenzados. Cada ramal, de cerca de un



Bolas de piedra, con surco y sin él.

metro, se aseguraba a un ojo de cuero del mismo retobo, o a un asa del alambre en el caso de las bolas de metal.

En sus últimas épocas, los tehuelches comenzaron a emplear (el término de moda sería *reciclar*) las bolas de piedra manufacturadas por sus ancestros, halladas en lugares de antiguos asentamientos. Dice la mitología tehuelche que estas bolas eran el

Las boleadoras de dos bolas reciben el nombre de *avestruceras* puesto que, generalmente, se las usaba para bolear ñandúes, arrojándoselas al pescuezo, ya que la apertura de sus patas al correr hacía muy difícil bolearlos en las extremidades. A los grandes cuadrúpedos se los boleara en las patas, con boleadoras de tres bolas. Estas últimas eran de uso generalizado, aunque se dice que los boleadores más diestros preferían las de dos. Consideraban que con ellas podía lograrse un tiro más preciso, mientras que las de tres facilitaban el boleado al azar. Por eso al boleador de tres bolas se lo solía llamar *boleador ventajero*.

James Radburne describe con sobria precisión la forma en que funcionan las boleadoras: *El cazador sostiene la piedra ovoide (manija) en una mano y hace girar las otras horizontal y verticalmente antes de lanzarlas.*

Cuando las deja ir, se separan, las dos redondas adelante y la manija atrás, manteniendo tensas las cuerdas, como una Y voladora. En una buena lanzada, el centro golpea al animal y la Y volante deteniéndose brusca-

mente hace que las tres bolas giren alrededor en los extremos de las cuerdas y amarren las patas tan firmemente que con frecuencia al cazador le toma un tiempo desenredarlas.

De acuerdo a la distancia a la que se encontraba el blanco, el tiro de boleadoras podía ser de una, dos o tres vueltas, lo que indicaba los giros que daba el conjunto durante su vuelo. El clásico era de dos vueltas que tenía una trayectoria de 12 a 40 metros, según el mayor o

menor peso de las bolas, respectivamente. El alcance de las más pequeñas era mayor debido a su menor peso y a la menor resistencia que ofrece el aire. A distancias más cortas se boleaba *de un viaje*, y si el jinete se aproximaba a la presa hasta casi alcanzarla, se boleaba *bajo el pescuezo*. Cuando yendo al galope se estaba a punto de lanzar las boleadoras y se decidía que el tiro no valía la pena, para evitar un golpe de bola accidental al caballo o al mismo boleador, se las seguía revolviendo con la manija sostenida por el pulgar dejando que se vayan envolviendo en la mano abierta.

Martín Fierro: ¿bolas o boleadoras?

Parecería que el término *boleadoras* es relativamente reciente. Previamente se las nombraba simplemente como *bolas*, y así es como se las llama en el campo. De hecho, en el Martín Fierro las *boliadoras* se mencionan una vez sola:

*Pegó un brinco como gato
y me ganó la distancia,
aproveché esa ganancia
como fiera cazadora:
desató las boliadoras
y aguardó con vigilancia.* [586]

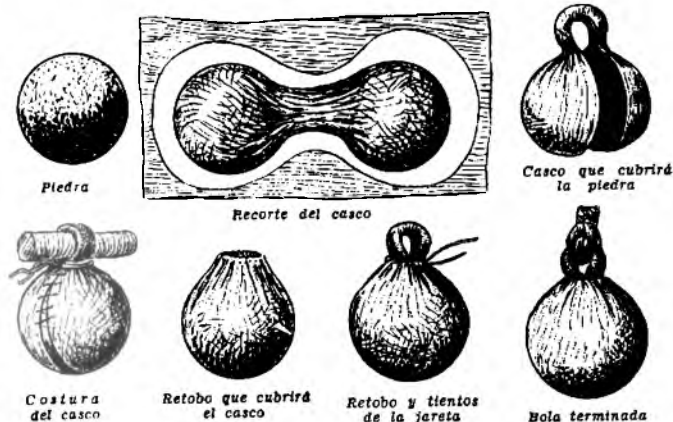
Sin embargo, en varias oportunidades se alude a ellas, simplemente como *bolas*.

*Y déle en su lengüeteo
hacer gestos y cabriolas;
uno desató las bolas
y se nos vino enseguida;
ya no creíamos con vida
salvar ni por carambola.* [433]

En otro caso se las llama *las tres marías*:

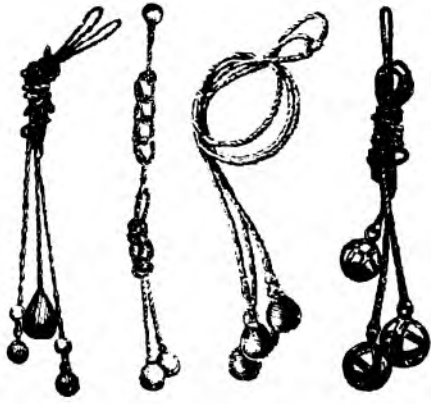
*Dios le perdone al salvaje
las ganas que me tenía...
Desató las tres marías
y lo engatusé a cabriolas...
¡Pucha...! si no traigo bolas
me achura el indio ese día.* [100]

Pero no a cualquier clase de boleadoras se las nombra así. Sólo a las más grandes y pesadas, las *bolas de potro*, en alusión a las estrellas de



Modo de retobar las bolas (de T. Saubidet).

producto de la elaboración de un enano llamado Tachwüll. El enano se escondía en los cañadones donde llevaba a cabo su labor, y su presencia podía adivinarse por el repiqueteo proveniente de su escondrijo. Según la leyenda, el surco de la bola sobre el que se ceñía el tiento era grabado por el enano con la uña del pulgar. Se cuenta que cierta vez el enano fue atrapado, lo que provocó un diluvio, el que no cesó hasta que Tachwüll fue soltado.



Boleadoras (de T. Saubidet).

Orión, tan brillantes en el cielo austral y tan admiradas por el gaucho.

*Les tiene el hombre cariño
y siempre con alegría
ve salir las Tres Marias;
que si llueve, cuanto escampa,
las estrellas son la guía
que el gaucho tiene en la pampa.* [252]

Las boleadas

Se denomina boleada a la partida de caza para bolear animales. Durante las cacerías los indios utilizaban el sistema de cerco en el que participaban mujeres y niños, rodeando un



Boleadoras de manija retobada y voladoras sin retobo.

área en la que se encontraban, ñandúes (esos gigantes pollos cogotudos) o guanacos (una especie de cruce entre oveja y camello), o ambos, y cerrando cada vez más el cerco, hasta que quedaban a su merced. Los relatos de época son tan elocuentes, que basta con transcribirlos

para tener una imagen vívida de lo que sucedía en las cacerías.

A la llegada de los españoles a América (S. XVI), los indios no conocían el caballo. Cuenta el jesuita Pedro Lozano sobre los Charrúas que (...) *eran tan sueltos y ligeros en la carrera, que daban el alcance a los ligeros gamos; ni le hacían ventaja los avestruces, para cuya caza usaban las bolas de piedra (...)* eran tan certeros, que poniéndose a competente distancia no erraban tiro (...) *Hoy son menos ágiles en la carrera, pero muy diestros en el manejo de los caballos, que abundan en su país.* Los tehuelches antiguos cazaban a pie y principalmente con arco y flecha. Luego de la llegada de los españoles adoptaron el caballo y la actividad de caza se convirtió en ecuestre y masculina, aunque las mujeres seguían participando para formar el cerco que encerraba las presas. El arma fundamental pasó a ser la boleadora, mucho más fácil de manejar desde la montura, con una sola mano, que el arco.

Los avestruces y las manadas de guanacos huyen de la partida que avanza, pero les cierran el paso los ojeadores, y, cuando el círculo queda completamente cerrado se les ataca con las bolas, persiguiendo muchas veces dos hombres al mismo animal por diferentes lados. Los perros ayudan también en la persecución, pero tan rápidos y diestros son los indios con las boleadoras que, a menos que hayan perdido esta arma o que sus caballos estén cansados, los perros no tienen mucho que hacer (Teófilo Schmid).

Si alguna [presa] escapaba, un jinete la boleaba, saltaba rápidamente de su caballo, la mataba, volvía a mon-

tar y ocupaba rápidamente otra vez su lugar. Leones, avestruces, ciervos y guanacos corrían la misma suerte. Cuando el círculo se cerraba en ellos, los animales atrapados luchaban por escapar y los indios, en una especie de éxtasis, capturaban y mataban cuantos podían. Si había suficientes jinetes y buenos caballos bajo ellos, pocos podían escapar y al fin el centro llegaba a ser una masa de animales muertos o vivos luchando por huir, muertos o en-



Detalle de boleadoras avestruceiras (de T. Saubidet).



Pa' bolear bajo el pescuezo de Florencio Molina Campos.

redados por las boleadoras (James Radburne).

Quien quiera observar de cerca una impactante escena de cacería con boleadoras, puede internarse en el bosque de La Plata, donde será fácil dar con un formidable Museo. Tras remontar los 23 escalones que llevan a su entrada, y una vez en el hall, deberá dirigirse al friso, de unos tres metros de altura, que se encuentra justo a la izquierda de la escalera que lleva al primer piso. Se trata de *La caza de guanacos* realizado por José Speroni.

La bola perdida

Una bola se considera 'perdida' si no es encontrada o identificada como suya por el jugador dentro de los cinco minutos contados desde que el bando del jugador o su(s) caddie(s) haya(n) comenzado su búsqueda (del reglamento de golf).

Si alguna relación tiene el tema que nos ocupa con el golf, es justamente la posibilidad de que se pierda el objeto lanzado en una laguna o entre los matorrales. Insinúa Sarmiento que el origen de la bola perdida se debe a que (...) *no hay piedras en la Pampa; y sólo pudo el habitante de esta dilatada planicie procurárselas, por el comercio, o de las sierras de Córdoba o de la Ventana, y debió ingeniar para recoger la piedra misma que tiró, desmintiendo el adagio 'piedra suelta no tiene vuelta'*. Una teoría seductora, pero un poco extravagante. Por otro lado, resulta contradictorio entonces el nombre de *bola perdida*.

Se trata de un arma emparentada con las boleadoras, pero bastante menos recordada. Es la de una sola piedra en el extremo de un tiento. También conocida como *bola pampa* o *bola charrúa*, su empleo era diferente del de las anteriores ya que no se usaba para enredar, sino para golpear. Como arma arrojadiza podía ser lanzada haciéndola girar como una honda hasta una distancia de 100 metros.

Sabe manejar las bolas como naidas las maneja; cuanto el contrario se aleja, manda una bola perdida, y si lo alcanza, sin vida es seguro que lo deja. [84]

A corta distancia y en el cuerpo a cuerpo, se utilizaba a modo de maza, sin soltar el ramal.

La bola en manos del indio es terrible y muy ligera; hace de ella lo que quiera saltando como una cabra. Mudos, sin decir palabra, peliábamos como fieras. [609]

Dado que era para golpear, la piedra de la bola perdida usualmente



Cacería de avestruces (del libro de Julius Beerbohm).

no estaba retobada, sino provista de un surco sobre el que iba ceñido el tiento. Para mayor efectividad en el golpe, la piedra de esta arma solía no ser redonda sino irregular, por lo que también recibía el nombre de *bola erizada* o *rompecabezas*.

Para la primera fundación de Buenos Aires los Querandíes recibieron hospitalariamente a los recién llegados, pero cuenta Benigno T. Martínez que *Apenas se les empezó a hostilizar se retiraron del campo español y suprimieron los bastimentos con que se alimentaba la nueva población. En situación tan apretada envió Mendoza [Pedro] algunos hombres para exigir los recursos necesarios, siendo en esa ocasión maltratados los indios. Ordenó luego que saliera una fuerza de trescientos hombres y doce capitanes a caballo, a las órdenes de su hermano Don Diego, para hacerlos entrar en razón a rigor de armas. Trabajándose en combate la victoria quedó por los indígenas, que dieron muerte al jefe enemigo con una bola perdida (...) Aún hoy se da el nombre de Matanza a uno de los partidos de la provincia de Buenos Aires, en el que se halla el paraje en que se empeñó la refriega. Continuando la guerra los Querandíes asaltaron la población casi por completo, y pereciendo muchos pobladores. Para incendiar las pobla-*

ciones que atacaban, los indios también usaban una bola perdida, pero con un manojo de paja en llamas atado a la misma.

En cuanto a su empleo como maza, cuenta Jorge C. Musters que durante las boleadas *En los círculos aparecen con frecuencia pumas a los que se*

despacha brevemente asestándoles un golpe en la cabeza con una bola. Una vez vi que Waki trituraba por completo, de un solo golpe, el cráneo de uno de ellos extraordinariamente grande.

El funcionamiento de la bola per-



Waki matando a un puma (del libro de J. C. Musters).

dida se asemeja mucho al de la honda, que es un arma antiquísima conocida en todo el mundo, aun entre nuestros aborígenes, aunque no en Australia. A diferencia de la bola perdida, en la honda la piedra que se utiliza como proyectil está separada de la lonja de cuero que la lanza, la que queda siempre en manos del hondero. Por lo demás, se la impulsa de la misma manera, haciéndola rotar por encima de la cabeza o lateralmente. Hay un ensayo de W. G. Diessl donde se estudia la efectividad de la honda, teniendo en cuenta su alcance, la exactitud (puntería) y la energía cinética del proyectil en el momento del impacto. Factores que el autor describe mediante una serie de fórmulas desarrolladas por la balística. Aunque resultaría muy elegante introducir una

fórmula en el presente artículo, no parece haber un estudio similar (¿debería estar basado en la *bolística*?) describiendo el funcionamiento de la bola perdida.



Honderos asirios.

Pero, posiblemente, el lector pueda desarrollarla por sí mismo. Es muy fácil. Sólo hay que tener en cuenta la distancia, el tamaño y el peso de la bola, el ángulo de salida, la fuerza del lanzador y la resistencia del aire. Pero, de todos modos, hay que reconocer que no se conoce ningún caso en que la posesión de la fórmula haya mejorado la *performance* de un lanzador.

Las bolas y el bumerán

Aunque a primera vista parecen no tener nada que ver, permítaseme, aunque sea por diversión, comparar los dos adminículos. Ambos son armas arrojadas desarrolladas en territorios con grandes espacios abiertos y, como ya lo había hecho notar Sarmiento, mientras que las boleadoras son una invención propia del hombre prehistórico de la Pampa, el boomerang -*bumerán*, según manda a decir la Real Academia- es un artefacto peculiar de los aborígenes australianos.

Hubo alguna vez un intento fallido de imponer el bumerán en los juegos olímpicos. Aunque aparentemente nunca se ha hecho, no estaría mal intentar proponer a las bolas arrojadas para su inclusión en las olimpiadas. Seguramente requeriría mayor destreza y brindaría una mejor exhibición el lanzamiento de boleadoras que el lanzamiento de bala, que viene a ser simplemente una pesada *bola sin manija*. El mismo Sarmiento sugiere la corrida de *avestruces* en reemplazo de la derogación de las le-

yes que prohibían las corridas de toros, petitionada por algunos ciudadanos. Imaginaba como escenario el Hipódromo de Palermo, con la participación de unos cincuenta ñandúes. Además de la belleza del espectáculo (...) *Las de avestruces por lo menos son nobles, y mantendrán la destreza y gallardía del jinete, sin sangre ni brutalidad.*

A diferencia del bumerán las boleadoras no vuelven a las manos de quien las lanza. A decir verdad, los bumeranes eficaces durante la caza o en la batalla, varas algo curvadas de hasta 90 centímetros de largo, tampoco regresaban al punto de partida, mientras que los que lo hacían, habitualmente eran utilizados solamente en juegos o competencias. Un entretenimiento en el que el objeto con el que se juega vuelva a las manos (o a los pies) del que lo arroja, resulta atractivo. De ser así en el caso del juego con la pelota, evitaría el ir a buscarla a cada rato a la casa de algún vecino irritable. Pero en el caso de las boleadoras, sería enteramente infortunado que, una vez arrojadas, vuelvan a su lugar de origen, puesto que dejarían inmovilizado al lanzador. La desventaja del no retorno es que si se yerra el tiro al perseguir una presa durante una boleada, y hay que continuar



Algunos de los bumeranes y bastones arrojados hallados en la tumba de Tutankamón.

con la persecución (para ello se llevan varios juegos de bolas atadas a la cintura), habrá que volver a recoger las boleadoras más tarde y se-

gún Francisco Javier Muñiz (...) *se hace necesario señalar con algún objeto el lugar donde quedaron. A este fin, se arroja en una parte el sombrero, en la otra el poncho, el chiripá, etc. y no es extraño ver boleadores casi desnudos por esta causa.*

Volviendo al bumerán, hay que decir que no fue, como generalmente se cree, exclusivo de Australia. Algunas tribus del África nororiental, los hopi de Arizona y ciertos pueblos de la India utilizaron artefactos similares. Asimismo, instrumentos semejantes a las boleadoras, pero con hasta 10 bolas pequeñas, eran conocidos por varios pueblos de la prehistoria. Antes de la introducción de las armas de fuego, los esquimales las utilizaban para enredar patos y gansos. *Pa' boliar pajaritos* se diría en el campo, expresión que junto a la de *carniar lumbrices*, ridiculiza una actividad pueril o de poca importancia.

Misil pampeano: ataque y defensa

En los entreveros y batallas entre indios, conquistadores, gauchos y soldados, hasta el siglo XIX las bolas arrojadas eran un arma habitual y eficaz, y sus usuarios muy diestros en su manejo. Ya se ha mencionado el caso de Don Diego de Mendoza, muerto por una bola perdida. Juan de Garay, en el combate de San Salvador, resultó herido por boleadoras. El alemán coronel Rauch, *guardián de la frontera* para algunos y *asesino de ranqueles* para otros, fue boleado por montoneras de gauchos e indios, después de lo cual fue muerto.

Durante una persecución, un tiro certero a las patas del caballo del perseguido, hacía sentir al jinete lo que podemos llamar una compulsiva necesidad de apearse. Y si era ducho, el jinete lo hacía, para usar una expresión tradicional -aunque sin relación con las

boleadoras- *boleándole la pierna* por encima del pescuezo. A los caballos se los adiestra para correr maneados, para prevenirse de los ataques con bolas.

Yo me le senté al del pampa; era un oscuro tapao (cuando me hallo bien montao de mis casillas me salgo), y era un pingo como galgo que sabía correr boliao. [626]

Pero también había trucos que se ponían en práctica para evitar el ser boleado. Algunos gauchos cabalgaban arrastrando el poncho sostenido por una punta, extendido hacia atrás y acostándose ellos mismos de espaldas sobre el anca del caballo, a todo galope, para mantener el poncho lo más atrás posible, a fin de que las bolas se enreden en él sin alcanzar las patas del animal.

Los pampas cabalgando a la carrera solían arrastrar su lanza por detrás de la cabalgadura, para detener las boleadoras arrojadas por el enemigo, las que con suerte, se en-

ta, y en el mismo momento en que las boleadoras arrojadas con mano maestra y tiro certero iban a cruzar las patas de su caballo, dejó caer su lanza detrás del anca, impidiendo así que fuera boleado. Las boleadoras se enredaron en la lanza, y el Coronel pudo seguir la marcha. A no ser su serenidad y sangre fría, hubiera, tal vez, como el General Paz, caído prisionero de un tiro de boleadoras.

A propósito de Paz, dice Sarmiento: *Pero el hecho más extraordinario producido por este misil pampeano, ocurrió en Córdoba en 1831, dejando estériles tres victorias anteriores del General Paz (...)* Un tiro de bolas bastó empero para prolongar veinte años más la guerra civil.

Siglo veintiuno: boleadoras y bombas Molotov

En la mítica peña *El Hormiguero*, allá por los años sesenta, durante la presentación del *Malambo con Boleadoras* del renombrado ballet de *El Chúcaro* y Norma Viola, se llega al colmo del realismo cuando zafa una bola y pasa zumbando sobre la cabeza de los espectadores. Podría decirse que por entonces se produce el último contacto del gran público en la Argentina con las boleadoras. Éstas formaban parte

inseparable del atavío del popular indio Patoruzú, quien las empleaba en sus aventuras para detener la huida de algún malvado. Pero el sedentario y conversador gaucho Inodoro Pereyra ya no las utiliza. En la actualidad las tradicionales boleadoras se encuentran confinadas, incluyendo aquellas lujosas de marfil y plata, en las vitrinas de los anticuarios y coleccionistas. Por su parte, cualquier turista, por pocos



Boleadoras de marfil y plata de fines del siglo XIX.

pesos, podrá hacerse dueño de boleadoras de utilería en las tiendas de *souvenirs* del barrio de la Boca del Riachuelo, y otros tantos de artículos regionales diseminados por todo el país. Aunque nosotros las tengamos algo olvidadas, la atracción que despiertan, por contraste, las pampas y la Patagonia en los países organizados y previsibles del hemisferio norte, hace que allí se las suele resucitar.

En Internet un tal Bob Booth ofrece por unos 15 a 30 dólares y entre otras *armas primitivas*, todo tipo de bolas: *Single Ball Bola (Bola Perdida)*, *Two Ball Bola (Avestrucero)*, *Three Ball Bola (Boleadora) (sic)*, confeccionadas con cabos de nilón, perfectamente balanceadas, y acompañadas por instrucciones de uso. Por su parte los *gurises* japoneses se entretienen con historietas futuristas



Boleador a la japonesa.

cuyos personajes utilizan unas pequeñas boleadoras como arma justiciera. El canadiense *Cirque du Soleil* presenta el espectáculo *Saltimbanco* con el número *Boleadoras*, donde dos gimnastas femeninas (una de ellas argentina) crean un ritmo creciente con su taconeo y el repicar de las bolas sobre el escenario. En las playas del mundo las muchachas hacen girar graciosamente



El gaucho Inodoro Pereyra y el indio Patoruzú.

redaban en el cabo de la lanza sin llegar a las patas del caballo. De la misma artimaña se sirvió Benito Machado, conocido en el sur de la Provincia de Buenos Aires por sus expediciones contra los indios. Relata, no sin admiración, Antonio G. del Valle que durante la batalla de Pavón, a las órdenes de Mitre, en septiembre de 1861, (...) *En la retirada hubo de ser boleado el caballo que montaba el Coronel Machado, al darse cuen-*

sus bolas perdidas recién adquiridas en casas de deportes, para modelar sus hombros y brazos. Y, finalmente, el grupo francés *Tlön Uqbar*, inspirado en los escritos de Borges, nos deleita con los ritmos tribales y la extraña música de su disco *La Bola Perdida* que incluye temas como *Yemishe*, *Succurath*, *Yacuaru*, *Elangassen* y *Myllodon*, todos nombres de se-

TLÖN UQBAR



Portada del disco *La Bola Perdida*.

res mitológicos o fosilizados de nuestras tierras. De verdad hubiese esta-

do estupendo si también al enano Tachwüll se le hubiera consagrado alguna pieza, con base rítmica del golpeteo de las rocas en el proceso de elaboración de las bolas de piedra y el rechinar de su uña al tallar la escotadura.

La realidad es que aún en nuestros tiempos las boleadoras siguen siendo utilizadas en algunas comunidades mapuches. El diario chileno *La Tercera* en su edición digital del 24 de agosto de 2001, publica la siguiente noticia: *Una violenta oposición con sus boleadoras sostuvieron en la mañana de ayer medio centenar de indígenas (...) ante el desalojo que realizaron efectivos de Fuerzas Especiales de Carabineros en el Fundo El Porvenir, distante unos 50 kilómetros al norponiente de Temuco. Los indígenas hace poco más de 25 días se habían tomado el predio. (...) Los indígenas se ubicaron estratégicamente premunidos de boleadoras y bombas molotov (que no alcanzan a utilizar) para repeler la acción.*

Lecturas recomendadas

Al lector interesado en el tema del artículo, y en general en cuestiones de tradiciones indígenas y criollas, recomiendo el completísimo *Vocabulario y refranero criollo* de Saubidet que incluye ejemplos, comentarios y notas extraídas de diversas fuentes, con profusión de dibujos originales. Es enriquecedor repasar los escritos de Francisco Javier Muñiz, incluyendo la imperdible introducción de Sarmiento (de donde aquí se transcriben algunas citas). Los versos que aparecen en el texto son del Martín Fierro de José Hernández; los números entre corchetes corresponden a la ubicación de los versos dentro del poema.

* División Científica Ficología, Museo de La Plata; investigador del CONICET.

Argentinismos

Términos que suelen creerse como pertenecientes al lunfardo (jerga ciudadana), en realidad son argentinismos de origen rural. En el caso de los ejemplos que siguen, lo dicho se pone en evidencia si se relaciona el significado original de cada palabra, con su sentido figurado.

BOLAZO es un golpe dado con boleadoras o con una bola perdida. También significa: mentira, disparate, despropósito. De ahí, **BOLACERO** es una persona que acostumbra a mentir o a disparatar. ¿Tendrá aquí su origen **BOLETO** y **BOLETERO** que vendría a ser lo mismo, pero en una versión *light*?

BOLEADO significa aprisionado por las boleadoras. En sentido figurado **BOLEADO** se entiende como desorientado, confundido. Asimismo **BOLEARSE** es desorientarse, confundirse. Pero en el campo se define **BOLEARSE** como 'empinarse el potro sobre las patas y caer de lomo'.

Andar **COMO BOLA SIN MANIJA** es andar sin rumbo, desorientado. Expresión elocuente, pero extraña ¿por qué ha de tener manija una bola? La única que se conoce es la pelota de fútbol, provista de asas de cuero, que hace de *pato* en el criollísimo juego del mismo nombre. Pero en su origen se trataba de un cuero con argollas, de modo que no ha de provenir de allí la expresión. ¿Es posible que tenga que ver con boleadoras a las que les falta la bola manijera? Pues véase la forma en que José Hernández acomodaba el dicho:

*Y aguardando que llegase
el tiempo que la ley fija,
pobre como lagartija
y sin respetar a naides,
anduve cruzando el aire
como bola sin manija. [831]*

Bibliografía citada

- Beerbohm, J.** 1879. *Wandering in Patagonia or Life among the ostrich-hunters.* Chatto and Windus. London.
- del Valle, A. G.** 1908. *El Coronel Don Benito Machado.* Apuntes históricos. Spinelli y Cía. Buenos Aires.
- Diessl, W. G.** 1979. *La Balística de la honda.* Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología 13, n. s., págs. 7-20.
- Lozano, P. (S. J.)** 1941. *Descripción corográfica del Gran Chaco gualamba.* Tucumán.
- Martínez, B. T.** 1893. *Cartografía Histórica de la República Argentina. Primera Parte.* Talleres del Museo de La Plata, La Plata.
- Muñiz, F. J.** 1916. *Escritos científicos.* Ciencias Naturales Argentinas. Seis ensayos publicados con introducción y comentarios de Domingo F. Sarmiento. La Cultura Argentina, Buenos Aires. (Publicado por primera vez en 1845.)
- Musters, J. C.** 1964. *Vida entre los patagones. Un año de excursiones por tierras no frecuentadas desde el estrecho de Magallanes hasta el río Negro.* Solar/Hachette, Buenos Aires (primera edición en Londres, 1871).
- Radburne, J.** en: **H. Childs.** 1936. *El Jimmy, outlaw of Patagonia.* Lippincot Co. Philadelphia.
- Saubidet, T.** 1952. *Vocabulario y refranero criollo* (4ª edición). Craft. Buenos Aires.
- Schmid, T.** 1964. *Misionando por Patagonia Austral 1855-1865. Usos y costumbres de los indios Patagones.* Academia Nacional de Historia. Buenos Aires.